

# Una sequía nunca vista en el Amazonas

Por LARRY ROHTER

MANAQUIRI, Brasil- La cuenca del Amazonas, la mayor selva tropical del mundo, está hundida en una devastadora sequía, quizá la peor desde que empezaron a registrarse datos hace un siglo.

La sequía ha evaporado lagunas enteras, incendiado bosques, ha aniquilado la pesca y los cultivos, ha dejado varadas las embarcaciones de los lugareños, ha traído enfermedades y ha devastado la economía. A mediados de octubre, el gobernador del Estado de Amazonas, Eduardo Braga, decretaba el "estado de catástrofe natural" que se mantiene según se intensifica el impacto de la sequía en la economía, la salud pública y los suministros de comida y combustible.

Otros Estados brasileños también se han visto grave-mente afectados, al igual que las regiones amazónicas de países vecinos como Perú, Bolivia y Colombia,

Los científicos dicen que la sequía es el resultado del mismo aumento en la temperatura del Océano Atlántico tropical que desencadenó el huracán Ka-trina y devastó Nueva

Orleans y el sureste de EE UU.



También les preocupa que si el calentamiento global tiene algo que ver, éste sea el comienzo de una nueva era de sequías más rigurosas y frecuentes en la región, que acumula casi la cuarta parte del agua dulce del mundo. "El Amazonas es como un canario en una mina de carbón", afirma Daniel C. Nepstád, científico del Woods Hole Research Center de Massachusetts y del Instituto Amazónico de Investigación Ecológica de Belém. "No tenemos ni idea del juego en el que nos hemos metido al liberar tantos gases de efecto invernadero".

---

**El gobernador de Amazonas ha declarado el "estado de catástrofe natural"**

---

Los habitantes del Amazonas dependen del agua incluso más que los de otras zonas del mundo: para el transporte; alimentación y eliminación de aguas residuales, así que la sequía ha afectado a casi todos los aspectos de su vida. "Estoy muy asustado", explica Jair Souto, alcalde de una tranquila población agrícola, Manaquiri. "Si algo va mal, todo el sistema le sigue" añade.

En el río Madeira, una arteria comercial clave para productos como la soja y el carburante diesel, tuvo que suspenderse la navegación cuando los niveles del agua cayeron a apenas una décima parte de la media en la temporada de lluvias. Los campesinos ven cómo se pudren sus cosechas porque no pueden llevarlas al mercado, y las escuelas están cerradas porque los estudiantes no pueden llegar a clase, ni siquiera en embarcaciones pequeñas.

"Nos hemos convertido en víctimas de un fenómeno que no hemos provocado", afirma Braga. "Lo que está ocurriendo no es culpa nuestra. Nosotros no hemos calentado la atmósfera ni talado nuestros árboles. Pero estamos pagando el precio con el sufrimiento de nuestro pueblo".

(Adaptado de EL PAÍS. 21 de Diciembre de 2005)